**Cuidado con la apariencias**

 **Las personas no son lo que vestido indica o lo ue su peinado revela. Los hombres tenemos que aprender a respetar a las personas por lo que son, no por sus apariencias. Debajo de un vestigo lujoso peude esconderse un delincuente y debajo de un vestido sencillo acaso pueda estar una emperatriz.**

 **Si lo sabrá el joyero de caso siguiente**

 **En Friburgo hay una joyería hermosa y selecta en una de las calles céntricas de la ciudad. Su esparate esta llena de joyas valiosas y de adornos admirables. Se cuenta que en un tiempo perteneció a un joyero que solía ser muy impaciente y seco en las ventas y se arruinó por falta de tacto y serenidad con sus clientes. Aunque las joyas eran buenas, el joyero no lo era.**

 **Una de las cosas que hizo en cierta ocasión fue que vio a dos señoras de aspecto sencillo paradas ante el escapare, que miraba y remiraban, hablaban, reían y discutían. Por el tono parecían ambas señoras aparentemente distinguidas, que estaba de paseo mirando y remirando las piezas expuestas detrás del cristal, las cuales por cierto era de buena calidad y dignas de una emperatriz. Las dos señoras miraban y comentaban, pero no se decidían a entrar en el establecimiento.**

 **El joyero desde dentro las observaba impaciente, hasta que al cabo de un buen rato no pudo más y salió a la puerta, diciendo: “Señoras, si no se deciden, siento decirlas que me van a desgastar las hermosas joyas que tengo en el escaparate.”**

 **Las señoras, un tanto desconcertadas e incómodas por la falta de delicadeza y respeto del joyero, se marcharon apresuradas hacia otra calle en la que había una joyería humilde. En ella parece que entraron y adquirieron algunos regalos o adornos, aunque este dato nunca se supo. Pero debieron gastar bastante dinero en el lugar, a juzgar por lo alegre que quedó el joyero de la la joyería sencilla.**

 **Lo que sí se llegó a saber es que el joyero de la primera joyería, la elegantye, a las pocas horas, vio entrar a un emisario con el uniforme de la Casa imperial austriaca, el cual traía un aviso para el joyero, escrito a mano. En él se leía: “Ruego al señor propietario de este establecimiento indique a mi servidor cuánto debo abonarle por haber desgastado las joyas de su escaparate, por mirarlas durante un rato largo. Lo que crea justo e indique, este señor que lleva el aviso se lo abonará de inmediato”. Firmado Su Alteza Imperial, la emperatriz.**

 **Ni que decir tiene que el joyero estuvo a darle un infarto. Había tenido a la puerta a la Emperatriz a una amiga. Evidentemente ni se le ocurrió poner precio a su fechoría. Lo que sí se sabe es que la joyería cerro pronto por flta de rentabilidad. Spirago. El catecismo en ejemplos**